

sus carcajadas despertando al espíritu español, que roncaba soñando caballerías guerreras y místicas aventuras. Siglos de pesadumbres y desdichas pasaron por cima de Cervantes, y el Manco sano, hallándose en conversación de amigos donde se trataba de comedias, y siendo el más viejo de los presentes, rumiaba gustoso la impresión que, muchacho, le causó el ver representar á Lope de Rueda. Bien claro está cómo se le quedó albergada en el corazón desde entonces para siempre la más alta cualidad literaria, la que sólo alcanzan los genios, la devoción y fidelidad á Nuestra Madre y Señora la Ironía, que salva á los hombres del olvido.

CAPÍTULO VI

LAS HERMANAS DE MIGUEL

El convento de Carmelitas descalzas de la Concepción, vulgo de la Imagen, en Alcalá de Henares, era un gran edificio, compuesto de varios caserones apiñados en diferentes épocas. Llegaban á él los últimos ruidos de la población escolar, que hasta la vecina calle de Santiago se extendía, y los ruidos primeros de la población solariega, que en el arranque de la calle Mayor empezaba. Cercano al palacio arzobispal, salpicaron el convento de la Imagen algunas de las finezas arquitectónico-escultóricas del gusto plateresco, prodigadas por Fonseca y por Tavera en los patios y salones de aquella mansión que Cisneros dejó á medio hacer. Esa arquitectura cortesana, elegante, hija de las *Loggie* de Rafael Sanzio y del refinado vivir del Vaticano; ese arte, que trata grandiosamente lo pequeño y regresa á la imitación del natural sin despreciar el esfuerzo de la fantasía, irrumpe en la castiza severidad del convento trepando por una escalera palaciana que une los blanqueados claustros del piso bajo con los enlucidos claustros del piso principal. Puede ser que esa ostentosa balaustrada, digna de que en ella apoyen sus manos largas y exangües las princesas de Pantoja y Sánchez Coello, la pusiese allí aquel D. Juan Tavera del rostro delgado, de la perspicaz mirada, de la muceta color de vino, á quien retrató, vivo, el Greco, y muerto el anciano Berruete, y de quien decía Carlos V que "en faltando D. Juan Tavera de su corte faltaba su mejor ornamento."

El día 11 de Febrero de 1565, el bello pasamanos de piedra

rosácea, se ve acariciado por diez, por veinte, por treinta manos blancas, que por él van saltando al bajar la escalera, como bandada de palomas inquietas al posarse en los surcos de un algarrobal. Las monjas carmelitas descalzas van al coro y de allí al locutorio. Van vestidas sin igualdad en los hábitos, atento á su mucha pobreza, unas de jerga, otras de sayal burielado sin tintura, aparejo redondo y sin pliegues, el escapulario cuatro dedos más arriba del hábito, las tocas de sedaña ó lino grueso, no plegadas sino á su caer, el calzado, alpargatas abiertas, de modo que por bajo de la túnica, al andar, se ve rebullirse dos talones rosados que entre la jerga de la halda juegan al escondite. Sobre la túnica llevan grandes capas de coro, de jerga blanca. El manto de sedaña tapa el rostro de las profesas, no el de las novicias, que no llevan sino toca echada hacia atrás. Al llegar al claustro bajo, las monjas se forman militarmente en dos filas, la priora y superiora delante, asistidas de las clavarias, detrás la rectora y portera mayor, luego la sacristana con las demás profesas; en pos la maestra de novicias con su gorjeante grey. Por los desamparados claustros corre un viento frío que el blancor lúcido de las paredes devuelve y arroja á los rostros. Las monjas tiritan; de entre las encorvadas túnicas de las viejas salen carraspeos rebeldes y secas tosecillas. Una novicia estornuda y las otras mueven regular algazara para decirle que Jesús, María y José la ayuden. La maestra las reprende suavemente, que aquello frisa en juego, y bien claro dice la Regla sapientísima que la doctora de Avila dictó: "Juego, en ninguna manera se permita, que el Señor dará gracias á algunas para que den recreación á otras", y añade que "las burlas y palabras sean con discreción". El día es alegre para la comunidad. Se recibe como religiosa á una linda y honestísima joven, ahijada del devoto licenciado Cristóbal Bermúdez. Las monjas la conocen de haberla visto en el locutorio acompañada por el dicho licenciado y por una señora, Doña Leonor, madre de la novicia. Es una amable y tierna criatura, y parece, por su conversación, dotada de aquel punto de agudeza que es lícito á una monja y que tan bizarramente sazona las largas horas conventuales, y en particular aquellas dulces sobremesas en que "todas juntas — la Regla

lo dice—pueden hablar de aquello que más gusto les diere, como no sean cosas fuera del trato que ha de tener la buena religiosa", porque—dice también—"la experiencia enseña que en la parlería no puede faltar pecado".

La joven neófita se llama Luisa de Cervantes ó de Carvantes, que esto las monjas no lo saben bien, pues no han de tener cuenta con las cosas del mundo. La priora ya conoce por informes respetables y fidedignos, que es recia y persona que quiere servir al Señor, con salud y entendimiento y habilidad para rezar el oficio divino, que escrupulosamente le ha sido enseñado; y demás de esto, posee un apacible y gratísimo genial. Otras, al conferir sus deseos con el confesor y la priora, arrebatadas por místicas exaltaciones, declaran que quieren llevar en religión un nombre terrible: Sor Jerónima de las Llagas, Sor Inés de la Expiración, Sor Angustias de la Agonía. Esta, en el nombre que ha de tomar demuestra la ternura de su genio y aficiones; quiere llamarse Sor Luisa de Belén, evocando con tan suave apelativo la más dulce imagen de la vida de Cristo, como quien ama y estima sobre todo el divino y alegre misterio del Nacimiento de Dios niño; como quien ha preferido quizá en sus lecturas las candorosas páginas del cartujano Ludolfo de Sajonia á las aterradoras y cortantes líneas del *Contemptus mundi*, cilicio del alma, al cual hoy llamamos Kempis. ¿No veis aquí la sangre de Cervantes y de sus hermanos y hermanas, gente alegre y sacudida, gente de alma joven que sólo á fuerza de pesadumbres continuadas se ha de avejentar?

Las monjas de la Imagen, y singularmente las novicias, están contentas de recibir en su gremio y comunidad á tan simpática y agradable hermana. Por eso van risueñas al coro en aquella fría mañana de Febrero y con amorosas y gratas expresiones la reciben, aunque siempre con esa distanciada frialdad y religiosa cortesanía que la Regla previene. "Ninguna hermana abraza á otra ni la toque en el rostro ni en las manos ni tenga amistad particular". Previas unas ligeras ceremonias, Luisa queda en el convento. Hasta el día 17 no ha de dársele el hábito con bendiciones. Aflojada un poco la severidad de la regla, se permite á veces entrar en la clausura á las que aún no han hecho votos.

El día 17, á pesar de la frecuencia de tales funciones, acude lo mejor de Alcalá á presenciar los votos y toma de hábito de Luisa. Curiosos y desocupados, personas de piedad notoria y ostentosa, clérigos, beatas y frailes llenan la pequeña iglesia y el encalado zaguán, amén de algunos estudiantes ganosos de ver si es guapa la novicia. En los rincones de los altares, apoyados contra confesonarios y pilastras, en actitudes dolientes, los galanes devotos de monjas, que en Alcalá abundan, como en Toledo y Sevilla, lanzan miradas de condenado en el purgatorio hacia lo que creen divisar tras los velos. Los hay ardientes fetichistas que están enamorados de unas manos, y no conocen el rostro que las manda; y las manos lo saben y sin dejar de atender al rezo de la boca, se pasean provocativas por el escapulario, tal vez suben audaces á componer el manto, cuya obscuridad las avalora y ponen con ello mil brasas en los corazones de sus penados amantes, adoradores de lo imposible, tataranietos de Platón, á quien no han leído.

Llega el momento solemne de pronunciar los votos. El sacerdote es un jovenzuelo primerizo en tales ceremonias. Acércase á la reja del coro, espesa red de barrotes negros, de cuyas cruces salen amenazadores y agudos pinchos de retorcido hierro. La iglesia está casi á oscuras. En cambio, del gran ventanal del coro descende fría claridad inverniza, azota los velos y se detiene en la línea de oro formada por los cirios que las monjas mantienen en la diestra. Toda la luz parece afluir al rostro de la novicia. El sacerdote es un jovenzuelo primerizo que no sabe de memoria las fórmulas rituales. Un caballero, que ha tenido por honra hacer oficio de acólito, quizás por ver más de cerca las manos ó los ojos que le atormentan, alumbra con un cirio pequeño, la lectura. El sacerdote lee despacio, penetrando palabra por palabra el misterio de la Regla dada á Brocardo y á los ermitaños del Monte Carmelo en el siglo xii. El sacerdote está muy emocionado, la voz le tiembla, los ojos azules de Luisa de Cervantes, abiertos con avidez, se le clavan entre ceja y ceja. Al concluir la lectura, el sacerdote advierte ó su acompañante echa de ver que el libro está manchado de sangre: sangre corre también por las vestiduras sagradas, sangre mancha los hierros de la red y chorrea al suelo.

El sacerdote, embebido en lo que leía, se ha clavado uno de los pinchos en la frente. Muévase en la iglesia gran rebullicio; todos tratan de acercarse, comienzan á correr rumores absurdos, creídos instantáneamente por hombres y mujeres ansiosos de que lo sobrenatural aparezca. Las monjas se percatan de que alguna gran profanidad ha debido de ocurrir rejas afuera. La superiora, con un gesto, manda correr la cortina. Invisibles manos la cierran y en medio del coro lleno de luz, curiosos, espantados, entre el brillar de los cirios, los grandes ojos azules de Luisa de Cervantes Saavedra, miran por última vez al mundo. Su madre, Doña Leonor, cuyo ánimo no perturba el tumulto que se ha movido en la iglesia, llora, mitad de pena, mitad de alegría.

Entrado el mes de Marzo, llegan á Sevilla noticias de que Luisa ha tomado el hábito. No mejoraba entretanto la fortuna de los Cervantes. Ni los excelentes deseos del cirujano Rodrigo, ni los buenos oficios de su hermano Andrés, que de antiguo moraba en Sevilla, fueron parte á lograr comodidad ni holgura á la familia desdichada. Por aquel entonces le habían sido embargados y secuestrados á Rodrigo los bienes, á petición de un Francisco de Chaves, sin duda por esa tragedia vulgar y diaria que en el lenguaje judicial moderno se llama cruelmente *pago de pesetas*. Pero con Rodrigo seguía viviendo su hija doña Andrea, mayor de diez y siete años y menor de veinticinco, la cual se mostró parte en el pleito, alegando que entre lo embargado, como de su padre, había ciertos derechos y acciones á ella pertenecientes; por lo cual pedía que se le nombrase un curador *ad litem*, que primero se pensó fuera Alonso de las Casas y luego fué Alonso de Esquivel, escribano de Su Majestad. Aparece en este documento una valiosa firma de doña Andrea de Cervantes S. (Saavedra), trazada con grande y resuelta letra, que varonil parece por lo decisivo de sus rasgos, pero femenina por lo apasionado de su inclinación. Y he aquí que el comentarista, al examinar esta escritura, comprende, ya mirando á su contenido, ya á la letra de la firma, quién era y quién había de ser la her-

mana mayor de Cervantes. Siendo aún moza de veinte años, alega ya derechos y acciones sobre los bienes secuestrados á su padre, con lo cual acredita poseer bienes propios. ¿De dónde proceden estos bienes y qué títulos podía invocar doña Andrea, menor de edad, para reivindicarlos?

Sin que al indagar esto demos oídos á la suspicacia ni asenso á la malicia, bien se puede afirmar que nacían entonces, para las mujeres listas y despejadas como doña Andrea, nuevos modos de adquirir sin deshonor, y desde su mocedad supo ella ponerlos en juego y aprovecharlos.

Doña Andrea era, en realidad, la cabeza de la familia. Faltaba allí la autoridad de la madre, y ella la recogió, mostrando, desde luego, una gran perspicacia y un extraño conocimiento de la vida, por los cuales su hermano la admiró siempre como á maestra y precursora. En Sevilla, todo, desde el aire que se respiraba y el sol que lucía, hasta la forma y colocación de casas y calles y las costumbres y hábitos de la alta sociedad y de la baja, estaba organizado para una vida fácil y placentera. Recordad cuán poco le aprovecharon, en aquella ciudad, al *celoso extremeño* Carrizales todas sus extremadas y rigurosísimas precauciones, y comprenderéis cómo doña Andrea, moza, y doña Magdalena, mocita, y ambas dotadas de hermosura, como se vió y probó después, hubieron de tener cortejantes asiduos, amadores generosos y liberales, á quienes no dolían dádivas ni promesas. No penséis que hay en esto nada malo ni deshonesto. Hoy mismo ocurre mucho de esto, sin consecuencias graves. La casa está sola, abierto el portal, como es de rigor en Sevilla. No hay madre, porque doña Leonor de Cortinas vive en Alcalá ó en Arganda, al cuidado de la suya, enferma. El padre anda en sus ocupaciones de cirujano. Los mozos Miguel y Rodrigo viven lo más del tiempo en la calle, aquél en sus estudios y paseos, éste arrimado á las barbacas del Guadalquivir, viendo pelearse á los pícaros, jurar á los marineros, descargar de los barcos mercancías y cargar soldados para Italia y aventureros para las Indias. En la casa entran y salen diversas gentes. Algunos aposentos se hallan subarrendados á un Juan Mateo de Urueña, mercader, á quien ha

sido preciso demandar para cobrarle ciento treinta y seis reales y treinta y dos maravedís por los alquileres.

A la husma de los buenos palmitos de las Cervantas no faltan galanes que sigan de día, que rondan y den serenatas por las noches. No hay en ello mal grave, ni las conciencias se han hecho aún tan pacatas y asombradizas como lo fueron, ó aparentaron serlo, sesenta años después. El concepto inhumano y anticristiano del honor familiar, tal como el teólogo Calderón de la Barca había de teorizarlo, ilustrándolo con sus dramas, ejemplos, teoremas y postulados de una Metafísica altisonante y huera más bien que sucesos del mundo, se estaba elaborando ya, pero aún no había aherrojado las conciencias ni ennegrecido las costumbres. Era menester que el tal concepto fuese alquitarado en El Escorial, consagrado en los confesonarios del P. Aliaga, acicalado y abriollantado en las alamedas del Buen Retiro, aplaudido por regias manos adúlteras. La comedia de entradas y salidas, de ruido y de revuelo, de capa y espada, existía ya; el drama trágico de los celos y de la venganza no se dibujaba claramente aún.

Comedia de entradas y salidas, de galanes y damas enamoradizas, de compromisos y promesas amorosas, sin llegar á mayores, debió de haber, desde luego, en casa de Miguel, puesto que en años posteriores la hubo, y ni doña Andrea ni doña Magdalena fueron tan torpes que en el juego salieran perdiendo cosa de estima, ni dejaron de aprovechar y de asirse á las palabras y promesas de sus galanes. Desde entonces, desde mucho antes quizás, era el *patio* de Sevilla escenario gustoso para estos enredos en que, si la mujer es discreta, nada hay que temer. Y de esta comedia sólo aprendía Miguel escenas sueltas, fragmentos de coloquio, graciosas frases y alegres galanteos. Sevilla, la indulgente, la bonachona y perdonera Sevilla, no pide en estas cosas más que un poco de gracia y delicadeza, y sin duda en casa de Cervantes la hubo.

Doña Andrea tenía bienes propios, derechos y acciones. Puede ser esto muy bien una añagaza curialesca urdida hábilmente por el procurador, tal vez por ella misma, que siempre tuvo maña y habilidad pasmosa para los pleitos, como la hubiese tenido

para lo demás, si en España las mujeres pudieran hacer cosa mejor que ofrecer su mano y pleitear con sus rehacios ó remisos adoradores. El caso este se repitió muchas veces, para que no veamos en la intriga la mano de la listísima doña Andrea. Antes que su hermano las escribiese, forjaba doña Andrea, con arte y sutilidad, novelas vivas y comedias reales.

A últimos de 1565 ó primeros de 1566, la desasosegada é inquieta familia tomaba de nuevo el camino de la corte.

CAPÍTULO VII

VUELTA Á MADRID.—LA MANCHA.—GETINO DE GUZMAN.—EL
MAESTRO LÓPEZ DE HOYOS.—EL DUQUE DE ALBA

Volver de Sevilla á Madrid, aunque se vuelva á los diecinueve años, cuando las esperanzas hinchen el pecho como el aire los pulmones mozos, siempre es volver. Tanto vale decir que es despertar, que es hacerse cargo, caer en la cuenta, desilusionarse. Para Miguel era tornar de la vida gustosa y llena de incitaciones, donde sus ojos tenían á diario pasto nuevo y sus nervios á cada instante inesperada sensación que los estirase, á la monotonía, angostura y tristeza de la naciente corte. Mientras su hermana Luisa se hallaba enclaustrada para siempre, renunciando á la ciencia del mundo para vivir en la soledad, donde, según decía entonces el rey de España, "se enseña sin hablar y se aprende sin oír", y mientras su hermana Andrea cursaba los primeros estudios de la facultad amorosa, en cuya cátedra nacemos y en cuyo aprendizaje no pocos perecen, Miguel llevaba ya hecha buena parte del noviciado en la escuela del vivir. Mal á gusto salía de Sevilla y aunque le contentase, como entonces alegraba á todo hombre despierto, lo inseguro del porvenir, le desagradaba el regreso á la corte fea y triste. Con todo, templábale este enojo la presunción de que en la corte se está más que en parte alguna en potencia propíncua de llegar á todo y su espíritu se había hecho ya tan flexible y capaz, que ni el extremo de la opulencia, ni el horror de la miseria última le espantaban.

Sin que parezca verosímil que á los diecinueve años y des-